



ORACION FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES HONRAS CELEBRADAS

POR LA

ASOCIACIÓN DE LA CRUZ ROJA

el día 22 de Diciembre de 1898

EN

SAN BENITO EL REAL DE VALLADOLID

EN SUFRAGIO DE LOS MUERTOS

EN NUESTRAS GUERRAS COLONIALES Y SUS CONSECUENCIAS

PRONUNCIÓ

EL M. I. SR. D. DOMINGO RODRIGUEZ MUNOZ

CANÓNIGO MAGISTRAL DE LA S. I. M.

LA PUBLICA LA JUNTA DIRECTIVA DE LA CRUZ ROJA
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

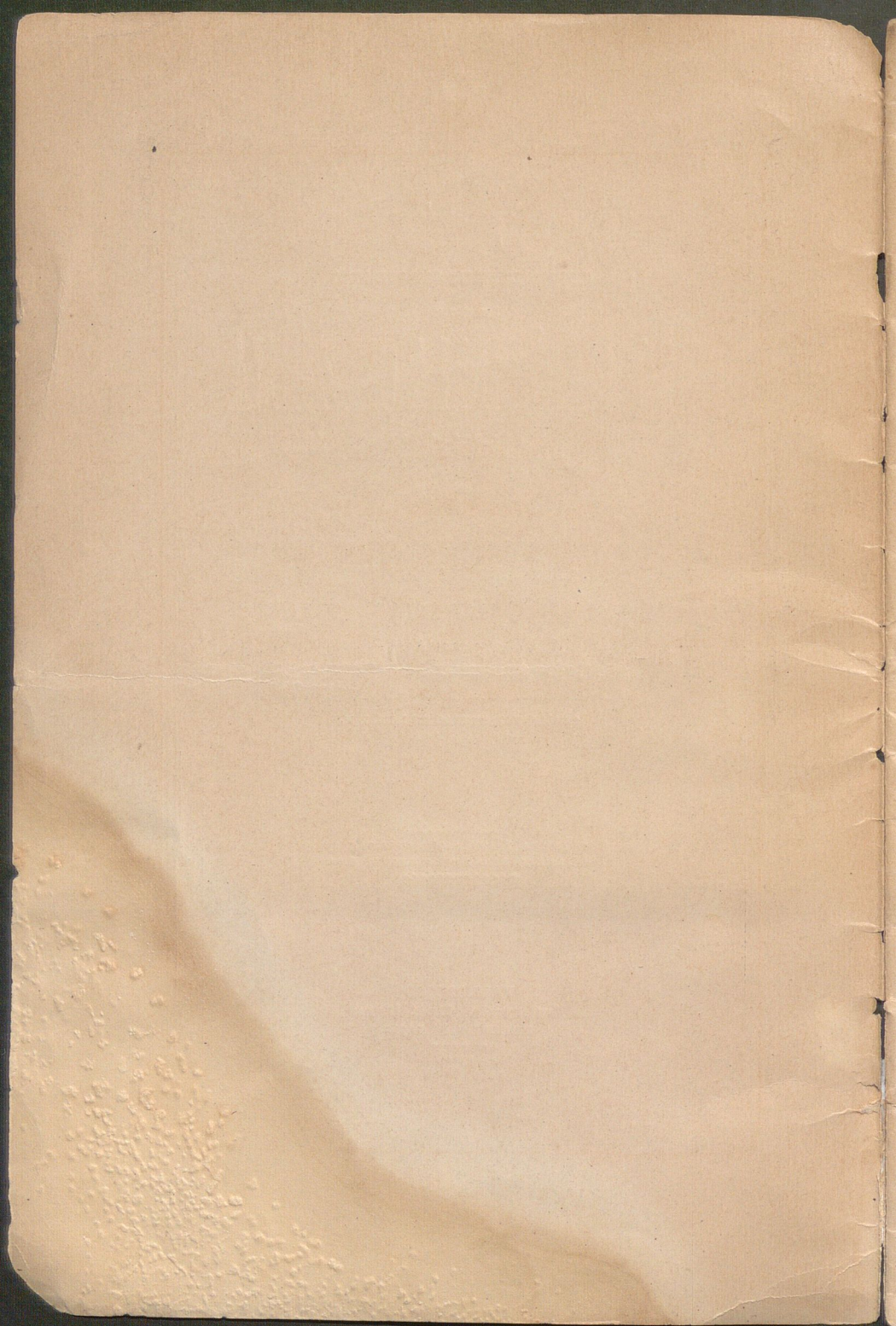
VALLADOLID

Imprenta Castellana

RECOLETOS, 12, BAJOS

1899

G-F 13591



DGCL
A



ORACIÓN FÚNEBRE

EN SUPRAGIO DE LOS MUERTOS

EN NUESTRAS GUERRAS COLONIALES Y SUS CONSECUENCIAS



C. 71218334

t. 146372



ORACIÓN FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES HONRAS CELEBRADAS

POR LA

ASOCIACIÓN DE LA CRUZ ROJA

el día 22 de Diciembre de 1898

EN

SAN BENITO DE REYES DE VALLADOLID

EN SUFRAGIO DE LOS MUERTOS

en nuestras guerras coloniales y sus consecuencias

PRONUNCIÓ

EL M. I. SR. D. DOMINGO RODRÍGUEZ MUÑOZ

CANÓNGICO MAGISTRAL DE LA S. I. M.

LA PUBLICA LA JUNTA DIRECTIVA DE LA CRUZ ROJA
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

VALLADOLID
Imprenta Castellana
RECOLETOS, 12, BAJOS

1899



P-136736



Vox in excelso audita est lamentationis, et fletus Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari super eis, quia non sunt.!

(Jerem. cap. 31, v. 15).

Voz de lamentación fué oída en lo alto, de llanto, y de lloro de Raquel que llora sus hijos, y no quiere ser consolada acerca de ellos, porque no existen.

Emmo. Sr. Excmo. é Ilmo. Señores (1)

Damas y Caballeros de la Cruz Roja



IN olvidaros ni un momento de los enfermos de la Patria, que al regresar al hogar querido encuentran en vuestra caridad consuelo en sus penas, lenitivo en sus dolores, habeis hecho un llamamiento piadoso al pueblo de Valladolid, y ya lo veis; Valladolid ha respondido con entusiasmo á vuestra generosa iniciativa. Las anchas naves de este templo no pueden contener á la

(1) Asistieron á la función el Emmo. Sr. Cardenal-Arzbispo, y representaciones de todas las Autoridades y Corporaciones de la Capital.



muchedumbre que se agolpa ante el altar, para sentir llorando las desgracias nacionales.

Habéis pedido á la Iglesia oraciones por los que murieron mártires del deber, y la Iglesia ha rociado con el agua de la inmortalidad el túmulo de los héroes, bajo estas mismas bóvedas donde nuestro Eminentísimo Prelado les bendijo un día, y les animó con palabra elocuentísima, y les abrazó en la persona de sus jefes cuando marchaban al combate.

Únicamente yo no puedo satisfacer vuestros deseos. Me habéis pedido unas frases en alabanza de los muertos, una palabra que excite la caridad en favor de los que llegan moribundos, y anegada el alma en turbias olas de inmensa pesadumbre, no acierto á coordinar tantas ideas, todas tristesimas y amargas.

Hubiéraisme mandado cantar las victorias de mi patria, de esta patria que principié á amar desde el regazo de mi madre, y amé aún mucho más junto al Corazón de Cristo, y á los piés de María Inmaculada, y llevado del entusiasmo, quizá hubiera sabido enaltecer la gloria de sus victoriosas banderas; pero ¡ay! ese túmulo, la tristeza de vuestros semblantes, la rabia mal comprimida con que he visto llevar furtivamente la mano á la empuñadura de la espada á nuestros bravos militares, me



recuerdan escenas que quisiera borrar de la memoria.

¡Campos de Cuba y Filipinas! ¡Bahía de Cavite y de Santiago! ¡Qué nombres tan tristes! Me hacen todavía mucho daño aquí..... en el corazón aquellos ¡hurras! del enemigo al ver hundirse en el mar la bandera de Castilla, al ametrallar cobardes á los que morían valientes y gritando ¡viva España!

Ese túmulo, triste porque no le adornan los trofeos del vencedor, hace recordar la inmensa fosa donde yacen cubiertos con trozos de banderas desgarradas, en otros continentes, que eran ayer tierra española, miles y miles de cuerpos mutilados por los suplicios de la vida y por los ultrajes de la muerte; y la cruz bendita que ostentais en el pecho, y se alza como emblema sagrado sobre ese ataud vacío, pone delante de los ojos del alma escenas aún más tristes:   una juventud que march o alegre, fuerte y vigorosa en torno de una enseña no vencida, y vuelven an micos, moribundos, sin alientos para repetir aquel grito que les electrizaba en el combate, sin poder decir «Hemos vencido», que es la mejor y más legítima recompensa del soldado.

En tales circunstancias no espereis de m i un discurso florido, conforme siquiera con las



reglas de la oratoria. El dolor no está sujeto á reglas. Escuchad más bien, una oración henchida de amargura.

Permitid, Eminentísimo Señor, Excelentísimos Señores, Respetables Corporaciones, Hermanos míos todos; permitid que desahogue mi pena en vuestros corazones, que saben sentir mejor que el mío las desgracias de la Patria; y que ante estas manifestaciones de la fe, y esos hermosos, heróicos ejemplos de caridad que veo, os diga: *cómo cumplieron con su deber los héroes cuya pérdida llora inconsolable esta Nación desventurada, y de qué manera nos enseñan á cumplir nosotros con el nuestro.*



Eminentísimo Señor:

Tiene Dios en su mano las riendas del gobierno de los pueblos, y llévalos por caminos ocultos y misteriosos, que forman las diversas fases de la historia, al cumplimiento de sus destinos.

Si en la antigüedad se creía que la vocación de un pueblo, su gloria más grande, su única gloria, consistía en extender las fronteras con perjuicio de los débiles, y, conforme con esta idea cruel, pagana y egoísta, Alejandro hizo enmudecer en su presencia la tierra devastada, y César lloró en el templo de Gades, porque no había igualado todavía la triste gloria del vencedor Macedonio; después que vino Jesucristo, á quien el Padre dijo desde la eternidad *pídeme y te daré las Gentes por herencia*, la vocación de las naciones cristianas es difundir la verdad, acercar á Dios los pueblos menos adelantados, llevarles, á costa de su trabajo y con riesgo de su vida, los bienes eternos, la fe, la justicia, la civilización.



Este ha sido, Hermanos míos, el gran destino, la constante ocupación de España desde que se cambió la faz de la historia, con el sangriento drama del Calvario.

España, sí, fué la nación más eminentemente católica dada por Dios á su Iglesia; ella la que supo morir en los suplicios intrépida y animosa, cuando el morir era la principal consigna del cristiano; ella la que suavizó el feroz natural de los bárbaros, enviados por Dios como castigo de una sociedad corrompida; la que oponiendo al corvo alfanje del islamita, guerrero del fanatismo y de la barbarie, la robusta lanza del creyente, caballero de la libertad y de la civilización, en ocho siglos que duró la lucha, ni durmió sobre techo, ni se desnudó la cota de malla, ni se quitó de su cintura la espada; la que al ondear victoriosa la cruz en el último baluarte de los moros, se dió á la mar por ignorados derroteros, y entre amarguras de desaliento y arranques sublimes de esperanza llegó con la proa de la civilización, y tocó la primera con el asta de la Cruz, en las hermosas riberas de un mundo desconocido.

¡Qué figuras las de esos siglos de épicas hazañas! Pelayo, Díaz de Vivar, Alfonso, Jaime, Fernando é Isabel; y luego Gonzalo y Alba en Italia, Cisneros en Orán, Juan de Austria



en el famoso Golfo de Lepanto; y luego Cortés en Méjico, Pizarro en el Perú, Almagro en Chile, Balboa en el Pacífico, Magallanes en Filipinas; y más tarde Daoiz y Velarde en las plazas de Madrid, Palafox en Zaragoza domando al Capitán del siglo; ayer O'Donell y Prim vencedores de los fanáticos hijos del desierto. Figuras todas varoniles, caracteres indomables, incapaces de venderse al oro, ejemplos de cómo el valor y la fe son el más poderoso acicate de la gloria, y cuando están unidos en el corazón llegan siempre á donde deben llegar, hasta el sacrificio en aras del amor sagrado de la Patria.

Figura grande la de esta nación, que no cabiendo dentro de sus límites naturales se desparramó por el mundo, no á guisa de conquistador, sino como portaestandarte de la Cruz, y defensora del derecho conculcado, y, sojuzga al Oriente, y vence á Italia, y humilla á Francia, y borrando al pasar con sus naves la famosa inscripción de las columnas de Hércules *non plus ultra*, agrandó la tierra, y dejó allí en las regiones descubiertas, juntamente con la fe de Cristo, el habla hermosa y las cristianas costumbres de Castilla.

Nadie de vosotros me reprochará este recuerdo de las pasadas grandezas.



Todo pasó..... Súbito ha retirado Dios su mano, y ni la antigüedad, ni las grandezas, ni la historia, ni el derecho, ni el valor, han podido nada contra la pérfida astucia y el fuego de los cañones de un enemigo poderoso.

¡Cavite y Santiago!, ¿habré yo de nombraros siquiera? Ya no ondea la bandera española sobre el castillo del Morro, ni en las torres de Manila.

¡Mar de la China y Golfo de Bahama! Ya no se mueven gallardos sobre esas aguas los buques que durante tantos años hicieron respetar de todas las banderas la bandera roja y amarilla..... se fueron al fondo del mar como últimos restos de un coloso que se derrumba. Nuestro poder colonial se acabó con los postreros humos del campo de batalla!.... Y como si al perder las colonias, la madre Patria hubiera sentido en el corazón mortífero dardo, ya nadie se atreve á lanzar aquí, en la tierra de los entusiasmos, aquella exclamación robusta, delirante y varonil ¡viva España!

¡La desgracia es inmensa! Más de cien mil hombres yacen muertos en los campos de Cuba y Filipinas y no podemos vengarles. El lienzo bendito de vivos colores que simboliza nuestro pasado grandioso, nuestro carácter altivo y nuestro honor nacional, ha servido de



alfombra á una soldadesca vil y no podemos vengarle. Nos han obligado á poner la firma sobre un Tratado injustísimo y cruel, y no podemos arrojar al rostro del enemigo ese Tratado vergonzoso.

¡El desastre es terrible! Muy semejante al de aquel pueblo heróico que no pudo contener en el paso de las Termópilas á un ejército que nublaba el sol al disparar sus flechas; pero como allí se escribió sobre el sepulcro de Leónidas este epitafio famoso: *Viajero, si vas á Esparta di que aquí están sus hijos y han sabido morir*; así sobre el enorme montón de cadáveres gloriosos, la España, aun vencida y humillada, puede erguirse con orgullo y decir á los cuatro vientos de la tierra: *Estos son mis hijos. Cumplieron con su deber. Han sabido morir*.

Cumplieron con su deber. Ni uno sólo de los doscientos mil hombres que salieron de la Península se mostró rehacio al llamamiento, ni uno sólo volvió cobarde la espalda al enemigo en el combate, ni el sol tropical y las enfermedades traidoras, que agotan las energías del cuerpo, pudieron amenguar el valor intrépido del alma; arrojaron el fusil con el último aliento de la vida.

Cumplieron con su deber en Peralejo, en la Trocha, en Salitrán, en Olayita, en Punta Brava





y frente á esa ciudad, testigo de nuestra última victoria. Cumplieron con su deber Albuera, Pavia, Isabel II, Bórbón, Toledo, Canarias, San Marcial, Arapiles... Cumplieron con su deber nuestros artilleros, firmes junto al cañón mientras les mandaron hacer fuego; cumplió con el suyo la Marina, hundiéndose en el mar, ó yendo á estrellarse, ya que no pudo contra los buques enemigos, contra las rocas de la playa traidora.

Han sabido morir. Entre los infinitos rasgos de valor, que lo acreditan, entre las mil legendarias hazañas, que ha transmitido el cable para que las admire el mundo, el parte oficial del día 1.º de Mayo es verdaderamente espartano, digno remate de una epopeya de siglos. Oidle: «Nuestra escuadra ha combatido como buena y ningún barco se ha rendido. O han ido á pique ó han ardido; pero no se han entregado. Los oficiales, la tripulación combatieron hasta el último momento, hasta caer en el mar».

Han sabido morir: que lo diga, si quiere, ese pueblo, que al dar asilo en sus buques á los ensangrentados marinos de nuestra escuadra destrozada junto á Santiago, suspendió sus gritos de triunfo y se descubría con respeto ante tan inconcebible desprecio de la vida.



¡España, patria mía! Acontecimientos más fuertes que todo el valor y todo el patriotismo de los hombres no te han dado la victoria; pero esos son tus hijos, han sabido morir.

Y vosotros, Santocildes, Vara de Rey, Villamil, Novo y Cadarso; vosotros todos, Jefes y Oficiales sin número y soldados innumerables, hijos de este pueblo sufrido, valiente, único que tributa culto al honor, dormid en paz el sueño de los héroes, y que el Dios de Pelayo, de Isabel y de Colón, os conceda la merecida inmarcesible corona de los mártires.

Y tú, tierra ingrata que nuestros antepasados arrancaron con su audacia á las brumas del Océano, y fertilizaron con la corriente de su cultura, y regaron con arroyos de sudor, ¡¡adiós!! No podemos maldecirte porque eres tierra consagrada por la tumba de estos héroes. Costas que baña el sol espléndido de Oriente, Cuba perla del Atlántico; ¡¡¡adiós, adiós para siempre!!!

Hermanos míos; aquí debiera terminar, pero no puedo. Si me dejara llevar del dolor, de la pena inmensa que embarga mi alma, con la mano puesta sobre ese túbulo pediría venganza á los cielos de esa violación tan infcua del derecho de gentes, de ese atropello de la conciencia universal, de esa sangre, en tan traidora



lid derramada; mas ya que esto no puedo hacer, porque soy ministro de un Dios que murió rogando por sus enemigos, pidoos á vosotras, señoras, lágrimas que caigan sobre el túmulo del soldado en premio de su valor, lágrimas que mitiguen la pena de las madres que en vano llaman, en el paroxismo del dolor, á sus hijos á quienes no vieron morir, á quienes no volverán á abrazar sobre la tierra; y á vosotros, hombres, que inspirándoos en esos ejemplos de patriótica y generosísima abnegación, en vez de abandonaros al abatimiento y al egoismo, obreis de modo que nuestra nación, grande en otros tiempos y hoy tan inicua-mente desmembrada, no acabe como acabó Polonia.

Adelante, pues, todos, sacerdotes, militares, estadistas, comerciantes, poetas, oradores; adelante en esa obra comenzada, siquiera con el deseo, de regenerar á España; adelante, pero sin dar la espalda á la Cruz que encabeza todas las páginas gloriosas de nuestra historia; adelante y arrollad al que no tenga fe y llame quijotismo á este sentir á la española.

Teniendo en cuenta que sólo la virtud y el sacrificio de sus hijos sostiene y engrandece las naciones, que el mal devora su vida y las precipita en la huesa, obremos de manera que



la Nación que tan altos destinos tuvo en la historia de la humanidad no sucumba bajo el peso de las recientes desgracias, ó minados por la corrupción sus cimientos seculares. Sea el cumplimiento del deber en todos, como la savia que hace brotar jóvenes ramas en el viejo tronco de los bosques: y Dios, en cuya mano están las riendas del gobierno de los pueblos, marcará á las generaciones virtuosas de nuestra Patria nuevos caminos de prosperidad y de grandeza.

Nuestro primer deber de hoy, el más sagrado deber, deber absoluto é imprescindible, es salir á recibir y recibir en los brazos, los restos de los batallones que vuelven á la Patria. ¿Les habeis visto? Ya no parecen aquellos que se fueron sintiendo en el corazón y en las arterias el golpear de la sangre moza; ya no brilla en sus ojos la centella del amor y el entusiasmo, ni entonan alegres las dulces canciones de la aldea: vienen ¡ay! tristes, heridos, enfermos, descarnados, apagado el brillo de sus ojos, agotadas las fuerzas, buscando un sitio donde morir en tierra española. Si se les socorre, agradecen con profundísima mirada de gratitud los cuidados, y si nadie les atiende, callan, y el que puede sigue á buscar los contornos del horizonte querido, un seno amoroso



donde reclinar la cansada cabeza, los brazos de la madre donde lanzar el último suspiro.

Héroes anónimos: no temais que se os abandone. España no es, no puede ser ingrata; y el pueblo que os despidió entre vítores y aclamaciones saldrá á remediar vuestra desgracia, tan grande como vuestro valor, á derramar un poco de bálsamo en las horribles, no curadas heridas del cuerpo, y en las más profundas heridas que traeis en el alma.

La *asociación benéfica* que aquí nos ha congregado, con heróica caridad, con acendrado patriotismo, con perseverancia incansable, es el angel del consuelo que les recibe, el angel del consuelo que les cura, el angel del consuelo que les atiende, el angel que refresca con mano cariñosa sus labios moribundos, el angel que recibe su último suspiro, y acompaña sus restos á la tumba.

Retoño de aquella otra Cruz donde murió el Redentor, *roja* como la sangre del Calvario, el Romano Pontífice se ha inclinado para bendecirla como bendice al misionero, ó á la Hermana de la Caridad, que se sacrifican en aras de un amor cuya fuente es el corazón de Cristo; los Obispos la han colmado de alabanzas y de indulgencias, y España, que en otras épocas de trastornos y de sangre admiró sus servicios,



España no encuentra hoy frases con que premiar la caridad, la abnegación y el patriotismo de las Damas y Caballeros de la Cruz Roja.

Héroes anónimos: no volveis á la patria como los vencedores en Castillejos y en Tetuán, entre muchedumbres que les aclamaban, mientras el cañón y las campanas hendían el espacio con gritos de victoria: volveis vencidos sin casi combatir, como espectros salidos del sepulcro; pero en los puertos de desembarque, en las ciudades, en las villas, en los pueblos todos de España, todos se disputarán el honor de daros el brazo para que podais andar, de poner una limosna en vuestras manos descarnadas.

Españoles: en nombre de Dios, en nombre de la Patria y en nombre de las madres de esos infelices, *cumplid con vuestro deber, socorred á los repatriados*. Y Dios os lo premiará, la Patria os lo agradece y esas madres ¡ah!.... si os conocieran esas pobres madres, si os vieran..... caerían de rodillas para besar y llenar con lágrimas de infinito, de maternal agradecimiento, las manos benditas que socorrieron á sus hijos.

Dejemos aquí todos, con la ofrenda de nuestra limosna para los que vuelven, una oración de lo íntimo del alma pidiendo que *descansen en paz* los que murieron.

27 €

2

CYI - 562/3

